
CAPITULO VIII.

Una mirada à todos los personajes de esta historia.--La mujer sin corazon.--La muerte. Otra vez Claudio.--Un casamiento sin amor. Agonía de mister Wilsson.--Aparece de nuevo el doctor Simpson.

I

Mucho tiempo ha pasado. Ahora estamos en Madrid, en una helada noche de Enero, y en casa de Leontina, condesa de Harley, opulenta hace seis años, y hoy enteramente arruinada por sus excesivas y continuas dilapidaciones.

Vive en un cuarto segundo de una casa situada en una calle bastante retirada y apenas le queda para pagar un modesto alquiler y el salario de su única sirvienta, y para satisfacer ó acallar al ménos, su pasión al juego, desarrollada en ella despues de haber perdido su maravillosa hermosura, á consecuencia de una tenaz enfermedad del hígado, que habia vestido su rostro, moreno

y animado, de un carmesí oscuro y repugnante.

La desesperacion de Leontina fué tan grande como amarga, al ver que su belleza se iba destruyendo, dia por dia, hora por hora. Para la mujer que cifra en sus gracias personales todos los elementos de felicidad presente y futura ¿qué queda en el mundo si ésta se acaba?

Leontina, despues de haber gastado la mitad de lo que le quedaba de su fortuna en baños extranjeros y en consultar á los más famosos médicos de todos los países, quiso, á cualquiera costa, distraerse de todas las penas que le causaba la pérdida de todas sus esperanzas, y su espíritu mezquino no halló cosa mejor que el juego; en el cual perdía cada dia sumas tan considerables, que bien pronto dejaron su caudal reducido á la nulidad.

Pero ella necesitaba *matar* el tiempo á toda costa, por más de una razon: habia salido de Paris, siguiendo á Claudio Laroche, cuando supo que éste se dirigia á Madrid de secretario del duque D., y no obstante, por más esfuerzos que hizo, ni logró atraerle á su casa una sola vez, ni le vió acudir á ninguna de las citas que ella le daba.

Claudio expiaba sus pasados yerros con una conducta ejemplar, era honrado, probo, sincero y adicto al duque, que por su parte, le estimaba mucho y le colmaba de favores: pero su alma estaba herida de una incurable desconfianza hácia

todos los hombres y de una acerba melancolía.

Claudio conocía el mundo bajo todas sus fases: había pasado demasiadas veces, durante su vida aventurera, desde las más inmundas tabernas á los más aristocráticos salones, para que le quedase nada nuevo que ver, y algo que sentir. Su hastío por la vida era inmenso: preguntábase frecuentemente si había en ella algun afecto que le obligase á vivir, y su corazón le decía que no. Pero el grito de su conciencia clamaba en sus oídos:

—¡Tienes que vivir para expiar tus faltas!

Claudio bajaba la frente, al oír este grito en el fondo de su alma, y se resignaba, porque aquella órden imperiosa de conservar la existencia la hallaba también en todas las cartas del doctor.

Este habitaba en Lóndres algunas temporadas y otras en su castillo: habíase casado su hija Enriqueta con su primo Allan, y fijado su residencia en Escocia, y el pobre anciano esperaba tranquilamente la hora en que Dios se sirviese llamarlo á sí, rodeado de los frios, pero asiduos cuidados de su esposa Catalina.

Una blanca imagen se levantaba entre las negras sombras que cubrían de continuo el alma de Claudio Laróche. Era la imagen de Rafaela; de Rafaela, á quien veía alguna vez, pues hacia cuatro años que vivía también en Madrid, y la cual, despues de la saludable mudanza que las palabras del doctor Simpson habían obrado en Clau-

dio no huía ya de él cuando iba á visitarla, como un amigo leal y lleno de abnegacion.

Mistress Wilsson era casi dichosa desde que había vuelto á su patria, y lo hubiera sido por completo si hubiera disfrutado del bienestar doméstico, que es la única felicidad positiva de la tierra; pero Alicia iba haciéndose cada dia más despótica é independiente; vivía sola, y ya no buscaba, como en su niñez, la dulce y grata compañía de su madre: absorbía el dia entero en sus estudios; y por las noches salía sola en su carruaje, asistiendo ya á las *soirées*, ya á los teatros, en todos los cuales tenia abono, que pagaba de su bolsillo particular.

La buena sociedad madrileña se admiró hasta el pasmo de ver aquella niña de doce años, que vivía con la misma independencia que una viuda verde ó que una solterona, y miss Wilsson se hizo muy de moda, gracias á sus extrañas costumbres, á su maravillosa hermosura y á su colosal riqueza. Pronto hubo vestidos de color *Alicia*, peinados *Alicia*, cuadros *Alicia*, y habitaciones *Alicia*; y apénas la niña había llegado á cumplir los catorce años de su edad, la rodearon todos los jóvenes de la primera nobleza, prodigándole obsequios y homenajes.

Mas la palabra *amor* era incomprensible para aquel joven corazón y debía serlo siempre: su impasibilidad, que se atribuyó desde luego á su origen inglés, era efecto de su carácter, de su edu-

cacion y de cierta vaga semejanza con su padre, el adusto, egoísta y cruel mister Wilsson; sin embargo, Alicia conservaba siempre hácia su madre cierta especie de respeto involuntario, y de afección tierna é indeclinable, porque la hermosa y suave Rafaela cautivaba todas las voluntades inclusa la fría é inflexible de su hija.

Pero no por esto se brindaba nunca á acompañar á su madre en sus paseos solitarios, ni buscaba las ocasiones de estar con ella. El demonio de la vanidad dominaba á Alicia por completo, y se aburría fuera del bullicio del mundo ó de la soledad de su gabinete, en el cual pasaba los días enteros ocupada en leer y estudiar. Poco á poco se había hecho instruir por su padre en todos los negocios de la casa, y había muchos que los desempeñaba por sí misma cuando sólo tenía quince años.

Si alguna vez se hallaba á Rafaela paseando, acompañada de una graciosa joven, ésta no era seguramente su hija. Era Consuelo, la hija de Leontina, que maltratada acerbamente por su madre, era una de las más desgraciadas criaturas de la tierra.

El carácter de la condesa se había ido haciendo cada día más imperioso é insoportable, agriado por los desprecios de Claudio, y despues por la pérdida total de una belleza que ya empezaban á marchitar los años. Conforme habían ido decreciendo sus haberes, había ido cargando á su

pobre hija con más atenciones, llegando ésta á dividir su vida entera entre la plancha, la aguja y el quita polvos, y siendo más duramente reconvenida por la última de las criadas que ántes llenaban el ostentoso palacio de su madre.

Por fortuna, los hábitos de la pobre niña habían sido siempre muy modestos; y lo que en tiempo de su opulencia había desesperado á su madre, le fué de inmensa ventaja cuando llegó el tiempo de su pobreza. Rafaela simpatizaba profundamente con la hija de su culpable amiga; tenía, como ella, el carácter dulce, y, como ella, era uno de esos ángeles de paz que se ven algunas veces sobre la tierra para hacer la dicha de los que les rodean, más para ser ellos constantemente desgraciados. Rafaela hubiera dado la mitad de su vida porque Alicia se hubiera parecido á Consuelo; pero la naturaleza se había complacido en formarlas enteramente distintas. No obstante, las dos jóvenes se amaban con la mayor ternura, y cuando no podía ir Consuelo á casa de Alicia, dominaba á ésta la repugnancia que le causaba la condesa para ir á pasar algunas horas con su amiga.

II

Entremos en casa de Leontina, lectoras mías, que ya os he entretenido bastante tiempo para haceros conocer las diferentes posiciones actuales

de cada uno de los personajes de esta historia.

He dicho ya que vive en un barrio solitario, y en el cuarto segundo de una casa de más que modesta apariencia. El portal es pequeño y sucio. La escalera de yeso angosta, húmeda y ennegrecida. El cuarto principal tiene una puerta limpia y pintada de color azul y abrigado, que aunque sirve para hacer resaltar lo miserable de la escalera, también para demostrar que las personas que la habitan tienen cierta afición á la limpieza.

No podía decirse otro tanto de los habitantes del segundo. La puerta, mugrienta, apenas conservaba algunas señales de pintura oscura, y estaba además casi cubierta de polvo. Un cordel asqueroso y lleno de nudos servía para tirar de la campanilla, y los verdosos vidrios de las ventanas de la escalera, engastados en plomo, habían perdido casi su transparencia en fuerza de las telarañas que los cubrían.

El aspecto interior de esta vivienda no era ménos repugnante que el exterior; á pesar de ser Enero, como he dicho, se veía la antesala sin estera, y tan sucia, que parecía no haberse barrido jamás. Dos ó tres sillas cojas componían todo su mueblaje.

Era la una de la noche; en una salita, estrecha y alhajada con la mayor miseria, se hallaba la condesa entregada á su ocupación favorita: el juego.

Apénas se hubiera podido reconocer en aquella mujer, de fisonomía repugnante y cubierta con un traje casi harapososo, á la bella coqueta y elegante Leontina de Harley, que pocos años ántes extasiaba á Paris con sus ruidosas aventuras y con su lujo casi régio. Ahora volvemos á encontrarla, llevando impresas en su semblante las señales indelebles del vicio, de la miseria y de las más rencorosas y bastardas pasiones.

La estancia donde nos hallamos está alumbrada solamente por la escasa luz de una vela de sebo, que puesta en un candelero de plaqué arde tristemente sobre una mesilla cubierta con un pañolón viejo y desteñido que en el invierno pasado había servido de abrigo á la condesa. Seis sillas de ínfimo precio, en union de una mesita cubierta de barajas viejas, de cosméticos ordinarios y de peines muy bastos y sucios, decoraban la habitación.

Es de advertir que todas aquellas sillas estaban destrozadas, aunque lo nuevo y lustroso de su barniz decía bien claro que no era larga su hoja de servicios; pero la condesa se entregaba á cada instante á raptos de furor, y estrellaba todos sus muebles contra la pared durante sus accesos de mal humor y de desesperacion.

Delante de la mesa del tapete se hallaban sentadas y jugando, dos mujeres de esas que no tienen nombre, pero que son casi siempre *viudas de un coronel ó de un intendente*; sin embargo,

suele haber impreso en el semblante de esas *honradas señoras* un sello tal, que basta para que se les niegue toda procedencia, y aún todo proceder decente. Estas dos *damas* estaban sentadas frente á frente, y de cuando en cuando, tal vez para avisarse del juego se hacían guñes y gestos, que aprendería sin duda Satanás para horrorizar á los infelices que caen en sus cóncavos dominios.

Otro lado de la mesa estaba ocupado por un hombre como de cuarenta años, con larga barba, poblados bigotes y luenga melena, tan enmarañada, que parecía del todo imposible se la hubiese peinado jamás. Para sujetar sin duda aquella pasmosa y espeluznada cabellera, llevaba sobre ella un sombrero de anticuada forma, alto como una torre, y lleno de abolladuras, que ni aun el respeto debido á las *señoras* le había obligado á quitárselo.

Aquel personaje era alto y en extremo fiaco. Su semblante, anguloso y anarillo, estaba como sumido en un mar de pelo negro, gracias á la abundancia de su barba, bigote y cabellera. Su exiguo cuerpo estaba aprisionado en un frac azul tan maltratado, que dejaba escapar un codo por una de las dos mangas, y por la otra un pliegue de camisa, casi tan negra como la lujosa barba de su dueño.

Sin duda que la pobre camisa no quería perder esta ocasion de lucirse, á causa de que no tenía otra parte por donde hacerlo, pues el frac

del grave personaje estaba abrochado hasta el cuello, y éste tenía por único adorno una corbata negra de seda, tan menguada y tan retorcida como la cuerda de la campanilla.

Por las estrechísimas mangas de su frac salían unas manazas largas, negras y huesudas, que bajaran y daban cartas con la mayor agilidad, y que tenían un tacto tan fino que conocían todos los naipes ántes de verlos. Un pantalon negro y muy estrecho oprimía sus largas piernas; pero se quedaba algo corto, dejando ver una canilla muy delgada, y que servía como de mango á un pié tan enorme como las manos, y calzado con unas botas llenas de agujeros tan desvergonzados, que acusaban á gritos la falta de medias.

El otro costado de la mesa lo ocupaba la señora de la casa, cuya figura presentaba el tipo más raro y asqueroso. Imaginaos una mujer de cuarenta y dos años de edad, pero que representa cincuenta bien cumplidos. Su semblante curtido por los cosméticos, estaba barnizado naturalmente por ese carmesí violado que procede de las enfermedades del hígado, y que es bastante á descomponer la más perfecta belleza. Una papalina negra y mugrienta cubría sus cabellos grises, más que por la edad, por los desórdenes y por las angustias de la miseria.

Leontina, al ver que ya no podía ser bella, quiso ser francamente vieja. La transición de una soberbia belleza á una repugnante fealdad había

sido tan súbita en ella, que no le dejó esperanza ninguna, ni aún el amargo consuelo de acostumbrarse poco á poco á la decadencia de sus encantos. Es verdad que hizo todo lo posible porque volviesen á reaparecer; pero cuando se convenció de que habían huido para siempre, tomó su partido de mujer animosa y se dió á buscar distracciones, si no honrosas, fáciles de encontrar.

Un vello espeso y negro habia brotado en las estremidades de la boca de Leontina y sobre su labio superior. Sus ojos enrojecidos por la costumbre de pasar las noches en vela entregada al juego, se habian hundido, adquiriendo una huraña expresion llena de recelo y de malicia.

Llevaba un vestido de indiana descolorido del uso y remendado con pedazos nuevos, pero con tanta limpieza y primor que se conocia ser obra de la mano delicada de su hija. Un pañolon gris, lleno de manchas y de gotas de sebo, que cruzaba sobre su pecho, hundido y enjuto por las privaciones y la miseria; sus manos estaban sucias y arrugadas, y por debajo de la mesa, cuyo tapete no llegaba al suelo ni con media vara, se veian sus piés cruzados y calzados con unas babuchas destrozadas. Aquellos pobres piés decian, sin embargo, cuánta belleza y gracia habia reunido la desdichada Leontina en dias más felices: pequeños, coryos y llenos de distincion en su forma daba lástima verlos encerrados en tan asqueroso calzado.

De las cuatro personas reunidas alrededor de aquella mesa, es decir, una condesa arruinada, un caballero de industria y dos *cucas*, la más repugnante y degradada era la primera. Sólo una cosa lucia en aquella sombría y vergonzosa reunion: era la brillante limpieza del candelero que sostenia en el centro de la mesa la nauseabunda vela de sebo, y que se debia al esmerado aseo de la pobre Consuelo.

III

Largo rato hacia que habia empezado el juego al penetrar nosotros en la habitacion. El caballero barbudo tenia ya delante gran porcion de plata menuda y aún algunos napoleones, y las *cucas* habian ya sacado tambien su partido, á juzgar por los movimientos de impaciencia que de vez en cuando dejaban escapar.

—Debe ser lo ménos la una y media, dijo gravemente el caballero barbudo rompiendo el primero el silencio que hacia rato reinaba.

—¡Sí, como usted ya ha hecho la suya! murmuró Leontina mirando iracunda á su compañero.

—¿Qué mia ni que demonio, señora? repuso él con groseria; ¡yo no he hecho la mia ni la de nadie! ¡Sino que ya es tarde y ya tengo sueño!

—¡Pues es claro! ¡como que ha sacado usted con qué comer algunos dias!

—¿Yo?

—¡Usted, sí, señor, usted!

—Vaya, doña Leontina, si usted tiene gana de bromas, yo no.

—¡Ni yo tampoco! ¡muchacha!

—¿Quiére usted algo, usía? preguntó una muchacha haraposa que se presentó á la puerta.

—¿Dónde está la señorita?

—En su cuarto.

—¿Qué hace?

—Coser.

—Llámalas.

La muchacha salió y cada uno de los jugadores empezó á recoger su dinero: sólo Leontina no tenía nada que recoger porque todo se lo habían ganado.

—Esperarse, señores, esperarse; ¡vaya una avaricia! gruñó la condesa con muy mal humor.

—¿Qué! ¿Quiére usted tomar la revancha? preguntó una de las dos *coronelas*.

—Tal vez.

—Pues prontito, que es tarde.

La condesa se volvió con mal humor hácia la puerta, en cuyo marco, y semejante á un hermoso bajo relieve, acababa de aparecer la plácida figura de Consuelo. Nada puede imaginarse de más dulce y suave que aquella seductora aparición. Así apoyada en la ennegrecida y mugrienta puerta, asemejábase á un ángel que bajaba por mandato de Dios á visitar lo infernos.

Llegaba apenas la jóven á los diez y ocho años.

Su estatura, más bien alta que baja, estaba admirablemente contorneada, y su rostro, blanco y puro como un camafeo antiguo, expresaba el asombro del dolor.

Llevaba un pobre vestido de lana muy usado, alto de escote y sobre el cual volvía un cuello blanco y liso. Sus magníficos cabellos rubios, recogidos en trenzas, servían de adorno y de prendido á aquella cabeza angelical.

Sin embargo, Consuelo no era lo que comúnmente se llama una mujer hermosa, porque sus facciones carecían de regularidad.

Pero en cambio, ¡qué dulce expresión reinaba en aquella fisonomía! ¡Qué suavidad en su mirada! ¡Qué mansedumbre en su sonrisa! Conociase, al verla, hasta qué punto puede embellecer el semblante la expresión de una alma buena. Consuelo era la verdadera antítesis de los cuatro personajes reunidos en el aposento de su madre.

—¿Dónde estás metida? gritó Leontina clavando en su hija una encendida mirada.

—En mi cuarto, mamá, repuso ella con dulzura.

—¿Y porqué no coses aquí? tornó á preguntar la viuda.

Consuelo no respondió á esta segunda pregunta, y su madre añadió con acritud:

—Trae el retrato que tienes de Alicia.

—¿Mi medallon? exclamó Consuelo con terror y llevando involuntariamente la mano á una ca-

denita de oro muy delgada que rodeaba su cuello.

—Sí, tu medallón, y con la cadena y todo.

—¿Más para qué, mamá? yo no lo adiviné. . . .

—Nada tienes que adivinar: lo necesito.

—Mamá, yo no puedo darte el retrato de Alicia, repuso Consuelo con más resolución de la que hubiera podido esperarse de ella.

—¿Cómo que no puedes? ¿De dónde has sacado valor bastante para replicarme? ¡Te digo que lo necesito!

—¡Pero, Dios mío! . . . ¡Va á pasar á poder de esas gentes el retrato de Alicia! exclamó Consuelo hecha un mar de llanto: ¡te lo ganarán en seguida, mamá! añadió juntando las manos con ademán suplicante; sí, te lo ganarán como todo cuanto teníamos, pues ya nos han dejado en la pobreza.

La viuda no respondió; púsose morada de rabia; cubriéronse de espuma sus labios; sus ojos se encendieron como dos ascuas, y se precipitó sobre su hija dando un rugido de cólera. Era la primera vez de su vida que se veía contrariada, y la ira que tan habitualmente la dominaba, degeneró en frenesí en aquella ocasión.

Tan horrible era su aspecto, que sus dos indignas compañeras temieron por la vida de la pobre Consuelo y se precipitaron á defenderla: no fué empero necesaria su ayuda. Su horrible parásimo robó á la condesa la fuerza y el sentido, y

cayó desplomada en el suelo con los labios cubiertos de una sangrienta espuma.

IV

Amaneció el día siguiente cuando la condesa de Harley entró en la agonía. Habíasele reventado una vena del pecho y hacia seis horas que no cesaba de arrojar sangre por la boca.

Sentado junto al misero lecho de la moribunda, un sacerdote le prestaba los últimos auxilios, y Consuelo, arrodillada á otra distancia, sollozaba amargamente.

Rato hacia que no se oía más que el penoso estertor de Leontina, que se agitaba entre acerbos dolores. Sin embargo, parecía escuchar con atención las palabras del ministro de Dios, y cuando éste cesaba de hablar, los labios secos de la enferma murmuraban una oración.

Hubo un instante en que levantó penosamente la cabeza y llamó con voz apenas perceptible:

—¡Consuelo! . . .

La jóven se levantó y se acercó á su madre.

—¡Hija mía! . . . ¡pobre hija mía! murmuró aquella poniendo su descarnada mano sobre la rubia cabeza de Consuelo. Te dejo sola. . . . indigente. . . ¡perdóname! . . . ¡perdóname! . . .

Consuelo redobló su llanto y apoyó la frente en la mano de su madre.

denita de oro muy delgada que rodeaba su cuello.

—Sí, tu medallon, y con la cadena y todo.

—¿Más para qué, mamá? yo no lo adivino. . . .

—Nada tienes que adivinar: lo necesito.

—Mamá, yo no puedo darte el retrato de Alicia, repuso Consuelo con más resolución de la que hubiera podido esperarse de ella.

—¿Cómo que no puedes? ¿De dónde has sacado valor bastante para replicarme? ¡Te digo que lo necesito!

—¡Pero, Dios mio! . . . ¡Va á pasar á poder de esas gentes el retrato de Alicia! exclamó Consuelo hecha un mar de llanto: ¡te lo ganarán en seguida, mamá! añadió juntando las manos con ademán suplicante; sí, te lo ganarán como todo cuanto teníamos, pues ya vos han dejado en la pobreza.

La viuda no respondió; púsose morada de rabia; cubriéronse de espuma sus labios; sus ojos se encendieron como dos ascuas, y se precipitó sobre su hija dando un rugido de cólera. Era la primera vez de su vida que se veía contrariada, y la ira que tan habitualmente la dominaba, degeneró en frenesí en aquella ocasion.

Tan horrible era su aspecto, que sus dos indignas compañeras temieron por la vida de la pobre Consuelo y se precipitaron á defenderla: no fué empero necesaria su ayuda. Su horrible paraismo robó á la condesa la fuerza y el sentido, y

cayó desplomada en el suelo con los labios cubiertos de una sangrienta espuma.

IV

Amaneció el dia siguiente cuando la condesa de Harley entró en la agonía. Habíasele reventado una vena del pecho y hacia seis horas que no cesaba de arrojar sangre por la boca.

Sentado junto al misero lecho de la moribunda, un sacerdote le prestaba los últimos auxilios, y Consuelo, arrodillada á otra distancia, sollozaba amargamente.

Rato hacia que no se oía más que el penoso estertor de Leontina, que se agitaba entre acerbos dolores. Sin embargo, parecia escuchar con atencion las palabras del ministro de Dios, y cuando éste cesaba de hablar, los labios secos de la enferma murmuraban una oracion.

Hubo un instante en que levantó penosamente la cabeza y llamó con voz apenas perceptible:

—¡Consuelo! . . .

La jóven se levantó y se acercó á su madre.

—¡Hija mia! . . . ¡pobre hija mia! murmuró aquella poniendo su descarnada mano sobre la rubia cabeza de Consuelo. Te dejo sola . . . indigente . . . ¡perdóname! . . . ¡perdóname! . . .

Consuelo redobló su llanto y apoyó la frente en la mano de su madre.

—¡Tú eras rica. . . . muy rica! prosiguió la desventurada con acento cada vez más ronco y debilitado: ¡tú eras. . . . muy rica, y todo tu caudal lo he perdido yo!

—¡Mamá, por Dios, no te agites! exclamó Consuelo con angustia; ¡qué importa la riqueza! ¡teniéndote á tí, todo me sobra!

—Es que voy á morir y te dejo sola. sola. ¡Dios mio, Dios mio! ¡qué castigo tan cruel!

—Valor, señora, dijo el sacerdote: Dios será el padre de su hija de usted.

—¡Ah! exclamó de súbito la enferma como herida de una idea repentina: Consuelo, envía al instante á llamar á Rafaela.

La jóven salió y envió á la muchacha que les servia á llamar á la madre de Alicia.

—¡Es el único sér que se interesa en este mundo por tí! dijo la enferma, cuyo semblante se descomponia por momentos.

Luego calló y empezó á mover los labios, en tanto que el sacerdote y Consuelo oraban con fervor.

—¡Señor, señor! ¡tu justicia es inmutable! exclamó derepente la condesa, elevando sus ojos como si columbrase la magestad de Dios.

Su exclamacion fué interrumpida por la criada, que sin comprender el peligro de la situacion, entró gritando:

—Señorita, me han dicho los criados que no

puede venir porque el señor está agonizando.

—¡Sola! ¡sola! dijo con débil voz y cortado acento la moribunda, que parecia no saber ya articular más que aquella palabra terrible.

—¡No! dijo el sacerdote poniendo la mano sobre la abatida frente de ella: Consuélate, pobre pecadora; el Dios de las misericordias cuidará de tu hija.

—¡Sí! ¡ah! ¡sí! exclamó la enferma, que por casualidad tenia fijos sus ojos en la puerta de la habitacion. Dios me envía su ayuda. . . . ¡héla aquí!

Volviéronse el sacerdote y la jóven y vieron á Claudio Laroche, que adelantaba con paso lento y magestuoso.

—Aquí estoy, Leontina, dijo acercándose al lecho. Rafaela me ha escrito que viniese, no pudiendo ella dejar á su marido.

—¡Gracias. . . . Claudio! ¡La mano! Dijo la pobre mujer con angustia.

Claudio le alargó su diestra, y ella, tomando la de su hija, miró con afan al sacerdote.

—¡Claudio. . . . es un ángel. . . . ámala! dijo la condesa. Luego añadió dirigiéndose al sacerdote:

—¡La bendicion, padre. . . . la bendicion para que pueda morir en paz!

El sacerdote arrastrado por la solemnidad de la situacion y por la angustia que retrataban las

facciones de la agonizante, bendijo la union de Consuelo y Claudio. Una expresion de paz y de felicidad iluminó el semblante de Leontina; casi volvió á ser bella; sonrióse dulcemente, clavó los ojos en el cielo. y expiró.

Consuelo, conociendo la triste verdad, se arrojó sobre el cuerpo de su madre, y Claudio tuvo que separarla del cadáver, privada de sentido.

Una hora despues Claudio entraba con su mujer en casa de mister Wilsson.

—Señora, dijo dirigiéndose á Rafaela, confio á usted mi esposa, que acaba de perder á su madre, en tanto que preparo una habitacion para recibirla.

Rafaela no entendió casi las palabras de Claudio; recomendó con una mirada el cuidado de la jóven á mistress Beld, y volvió junto al lecho de su marido, á cuya cabecera se hallaba Alicia.

Mister Wilsson agonizaba ya. Su vida se extinguia con espantosa rapidez, sin que los cuidados del doctor Simpson, que hacia ocho dias habia venido á asistirle desde su castillo, bastásen á contener á la muerte, que se acercaba con paso acelerado.

Tendido el banquero en su lecho, tenia las facciones contraidas por una especie de dolor amargo y feroz.

No hablaba, no rezaba, no parecia escuchar si quiera las palabras del sacerdote; empero al ver

á Claudio se animaron sus sombríos y redondos ojos con un rayo de alegría cruel.

—¡Ah! ¡ah! ¡aun nos volvemos á encontrar, balbuceó con voz desfalleciente. Pero tú eres pobre, y yo. muero rico. ¡muy rico!

Volviendo entónces la mirada hácia su hija, tomó con vehemencia sus manos, y reuniendo sus casi exhaustas fuerzas, gritó:

—¡Vive sola. . . Alicia. . . siempre sola! . . . El mundo entero es malo. . . y aborrece al poderoso. . . ¡Y tú lo eres mucho! . . . ¡Vive sola. . . sola. . . sola!

El último acento de mister Wilsson se exhaló en estas palabras. Ni una vez pronunció el nombre santísimo de Dios, ni miró al cielo. Habia vivido como un avaro, y moria como un réprobo, dejando en pos de sí la desolacion y la desgracia.